

Florecillas en el barro

Florece en el barro

David Rosa

gato mojado

Primera edición, enero de 2024

Florechillas en el barro

© David Rosa, 2024

Todos los derechos de esta edición reservados para:

Gato Mojado

www.gatomojado.com

Corrección: Nacho Esteban Fdez. y Juan Luca Nogal Ruiz

Maquetación: Alejandro Pantoja

Diseño de cubierta: Enrique Schiaffino

Fotografía del autor: David Rosa

ISBN: 978-84-126253-5-6

Depósito legal: M-34106-2023

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación parcial o total de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

«La gente no ama, la gente no sueña,
la gente no se da cuenta de las flores».

OCAÑA

«He cometido el peor de los pecados, quise ser feliz».

TERESA DE JESÚS

«Porque ella era un barco sin rumbo, hacia delante y sin
dejar de navegar, y si ella vivía en este mundo, parecía que
todas podíamos hacer igual».

NAZARIO, *El bar Kike y Paca la Tomate*

«Si estás atrapado en las sombras, aguarda, aguarda.
Del lodo crecen las flores más altas, más altas».

XOEL LÓPEZ, *Lodo*

Pisando barro

La primera sensación que Dolores tuvo fue la de su zapato hundiéndose en el barro. «Debería tener más cuidado», pensó. Con el esmero que había puesto ella en ir bien vestida en su primer día. Dirigió sus pasos hacia el edificio que la esperaba mirando detenidamente al suelo para sortear los charcos y el barro de aquellas calles sin asfaltar. El autobús no la había dejado muy lejos, pero, si no iba con cuidado, llegaría hecha unos zorros y esa no era la impresión que debía transmitir. Levantó su mirada por un momento para absorber el entorno. Los bloques se alzaban como gigantes de hormigón y unos pocos coches

poblaban los aparcamientos. Algunos árboles se erguían, medio desnutridos, entre los charcos y el barro. AQUÍ HAY VIDA, rezaba el enorme cartel que había visto desde el autobús en la entrada de aquel barrio en construcción. No sabía si habría vida oculta en aquellas moles simétricas; imaginaba que sí, esperaba que así fuera. Debía haberla, porque se podían divisar más grúas a lo lejos en lo que parecían ser nuevos bloques en obras. Y, sobre todo, porque la habían contratado para trabajar en aquel colegio de reciente construcción.

Todo había resultado más rápido de lo que Dolores esperaba. Casi demasiado rápido. La tía monja, que vivía en Zaragoza, había venido a pasar el fin de semana al pueblo y había dicho que en Barcelona iban a abrir un colegio nuevo, que necesitaban maestras.

—Podrías intentarlo. Se lo comentaré a una que yo conozco.

Y de ahí a la entrevista. Dolores había asistido al proceso como espectadora, dejando hacer. Había viajado en ese tren pensando que, como mucho, resultaría una oportunidad remota.

Pero todo había acabado precipitándose. Ella, con sus veintidós años, con su evidente falta de experiencia, pero con unas ganas locas de ser maestra. Con nervios por lo que se le venía encima, pero también con la ilusión del cambio. La ilusión por salir, explorar, conocer y vivir una vida nueva más allá del pueblo, de su familia, de su tía de Zaragoza.

En esa primera visita relámpago, Barcelona se le antojó grande, caprichosa, extraña, preciosa. Desde el autobús veía la gente correr, los coches, las minifaldas, las grandes avenidas donde todo era bullicio, ajetreo, progreso y novedad. Y es que aquel primer contacto había despertado una inquietud en Dolores, algo que le decía que ella necesitaba más. Algo más que el pueblo, la familia y la tía de Zaragoza no podían ofrecerle. Así que la oportunidad de establecerse en Barcelona, por muchos nervios y miedos que le produjera, resultaba una tentación maravillosa. La tentación que, secretamente, llevaba tiempo esperando.

La entrevista había sido en otro colegio, en la zona alta de Barcelona. Allí las niñas se movían

sigilosas en sus uniformes y el ilustre edificio, diseñado por Gaudí, se alzaba, majestuoso e imponente, delante de sus narices. Respondió afablemente a las preguntas de la monja. Se mostró apasionada e interesada por el puesto de trabajo, dispuesta y servicial. Y había parecido gustarles. Seguro que la tía les había hablado bien de ella. Dolores se podía imaginar ya, con su falda y sus zapatos de poco tacón, recorriendo esos azulejos, esos pasillos, acompañando a esas niñas y escribiendo en esas pizarras.

Lo que no imaginó fue que el colegio donde iba a ir a parar resultara tan diferente al de la entrevista. No es que estuviera demasiado lejos; el trayecto en autobús no era particularmente largo. Ni siquiera era el barro que tenía que pisar hasta llegar a la puerta. Tan solo que aquel escenario le resultaba inimaginable hasta ese momento. Ella nunca había visto tantas máquinas, tantos bloques, tanta altura, tanto cemento y hormigón acumulados en tan poco espacio. Era diferente al pueblo, al barrio de su tía, al centro de la ciudad... Aquello era, definitivamente, otro mundo. ¿Qué la esperaba allí? Entre grúas, esas estruc-

turas inmensas esperaban albergar a cientos de familias. Como colmenas, como hormigueros.

En su primer día llegó media hora antes, mojada, nerviosa, aturdida y avergonzada por el barro en sus zapatos. La hermana Pilar pareció intuir sus pensamientos y le sonrió mientras abría la verja de entrada.

—Pasa, hija, pasa; no te preocupes por el barro, eso nos pasa a todas. Consigue pronto unas botas de lluvia, de esas altas de plástico. Vienes con ellas puestas y cuando entres te las cambias. Es lo que hacemos todas...

Una casa de bien

Dolores llamó a la puerta de ese piso de la calle Aribau en el que alquilaban una habitación. Le abrió la casera, una mujer de ademán serio. Doña Aurora era una señora de edad indeterminada. Con su permanente, su media melena teñida, su rebequita color marrón pardo y su falda negra por debajo de las rodillas, era de aquellas personas de alma antigua, de convicciones férreas, de juicio rápido y corta de miras. Y luego estaba su casa, ese piso de baldosas modernistas, techos altos y puertas de madera que crujían al abrir y cerrar. ¿Dónde estaba la luz del sol que brillaba fuera? Dolores sentía que aquel lugar pertenecía

a otra época. Pronto se dio cuenta de que eran las cortinas tupidas las que impedían que la luz natural entrara y hacían de aquel comedor una especie de sarcófago poblado de retratos del día de la boda de doña Aurora y su difunto marido. El resto de la decoración lo componían estampitas de Jesús y de la Virgen, crucifijos e imágenes del papa. Todo era penumbra también en el pasillo, el recibidor y la salita de estar. Al atravesar las diferentes estancias del piso de doña Aurora, Dolores tuvo el palpito de que aquel era uno de esos lugares en los que el tiempo se había detenido, irremediablemente, para siempre.

Una vez cubiertos los preliminares —«¿Cómo estás?, ¿cómo ha ido el viaje?, ¿has encontrado bien la dirección?»— y de mostrarle a Dolores los espacios principales del piso que sería su hogar, doña Aurora se vio en la necesidad de aclarar algunos asuntos antes de enseñarle su habitación.

—Ay, pasa, hija, pasa. Perdona, que está todo un poco manga por hombro; es que esta semana he estado muy liada con la parroquia. La otra chica, ya la conocerás, pues ni está mucho por

casa ni ayuda demasiado. Y eso que se dedica a limpiar. En casa del herrero, cuchara de palo. Yo no es por soltar chismes, que ya verás que yo no soy así, pero tú ten cuidado con ella. Que tú pareces una buena chica; tu tía es monja, ¿verdad? Ay, qué gran labor. Alguien tiene que dedicar su vida al Señor. Esto es una casa de bien, ¿eh?, eso tienes que saberlo. A lo que iba, que cuidado con la Manolita. Que mucho desparpajo y muy decidida, pero yo no me fío ni un pelo. Yo, porque una es viuda y necesita una ayudita, sino de qué. Eso sí, ella hará lo que quiera por ahí, pero aquí no trae a nadie. Que ya te digo yo: esta es una casa decente. En fin, no te quiero entretener, que querrás cambiarte y descansar. Vente, hija, que te enseñe la habitación.

La habitación. La habitación se asemejaba más a la celda de un convento que a otra cosa. Pese a ello, no era pequeña y contaba con un somier con patas y su colchón, una mesita de noche, un pequeño escritorio con su silla y un armario, todos de madera maciza y oscura. La ventana daba al patio de luces y encima de la cama un Cristo crucificado lo contemplaba todo, impasible. Dolores

pensó que tanta sobriedad tenía arreglo, así que no dijo nada. Se limitó a sonreír educadamente y, cuando doña Aurora cerró la puerta tras ella, se sentó en la colcha de encaje y se sintió algo atrapada, como si el poco aire que corría en ese piso fuera succionado por mil bocas a la vez. Se detuvo y respiró profundo. «Tranquila, Dolores, tranquila. Todo irá bien», se dijo a sí misma. Con cuatro toques de color la habitación podría cobrar algo de vida, transmitiría más ánimo y alegría. De repente, algo se apoderó de ella, se descalzó para subirse a la cama y descolgó el crucifijo de la pared. Sin pensarlo demasiado, lo guardó en el segundo cajón de la mesita y, al hacerlo, se sorprendió hablándole al Cristo, con la corona de espinas y el rostro torcido en una expresión de sufrimiento eterno:

—Lo siento, Jesús, pero aquí no. Esta va a ser mi habitación y aquí la que lo observa todo voy a ser yo y solo yo.